



Oficinas: Núñez de Arce, 12.

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

Cada día, cada momento que se sucede, es uno de gloria para los nuestros, para esos pocos hombres que, luchando contra todos, que desoyendo murmuraciones de comadres, laboran por el Toledo famoso, honra y prez de la raza hispana.

Son sus investigaciones, sus estudios notables, coronados por el éxito; ejemplos, las joyas descubiertas recientemente: pinturas murales divinas, vigas preciosas, artesanos magníficos, brocales, lápidas y muchos detalles, que no por ser pequeños, dejan de ser interesantes. Y esto en el corto intervalo de unos días.

Bella labor de unos pocos hombres, muy pocos, que el vulgo critica con saña, que en ellos descarga toda la gran fuerza de su imbecilidad.

Y a medida que sigan trabajando, veremos más y más; Toledo es un filón inagotable de bellezas, muchas descubiertas que admira el mundo, más ocultas, que hay que descubrir; por esto el mundo aplaude y agradece la labor de los grandes hombres que de ello tratan, y lo consiguen con un éxito resonante y definitivo.

RECUERDOS

En un lugar de la provincia de Toledo, de cuyo nombre muy bien me acuerdo, aunque lo calle por no hacer al caso, ví dos cosas que se me antojaron muy raras y que quiero en secreto descubrir al lector.

Porción del pueblo está asentada en un collado, en cuya altura hubo un viejo castillo del que se conserva algún muro. Andando los tiempos arruinóse el castillo, ya inútil para la defensa, y sobre su solar levantaron una ermita, ahora también derruída en su mayor parte. Y lo que anteaer fué castillo y ayer ermita, es hoy cementerio del pueblo.

En aquel cerro del castillo, pues, abundan cuevas artificiales, que sirven de viviendas, no desprovistas de aseo y de comodidad, a muchos vecinos del lugar. Y en lo que queda del ábside de la ermita hay un bello monumento sepulcral del siglo XV, de mármol blanco, que atrajo grandemente mi atención. Abrese allí gótica hornacina dentro de la cual aparecen los maltruchos bultos funerarios, de cuerpo entero y tamaño natural, de un varón y una dama. El es un caballero de insigne Orden militar, con su birrete, manto, arnés entero, cota de malla y espada. Ella se cubre con una especie de monjil y amplia vestidura. En el frente del sarcófago, sustentado por tres leones, vense escudos nobiliarios sostenidos por sendas parejas de ángeles; y en el borde hay una inscripción, ya borrosa y casi ilegible, en que se declaran los nombres de los allí representados....

Ya me parece estar oyendo al lector decirme: —Pues, señor mío, hasta aquí lo que usted nos cuenta nada tiene de particular.

—Téngase—le atajaré yo—que lo particular viene ahora.

Es el caso que como el cerro del cementerio tiene poca elevación y está minado por esas cuevas, especie de gazaperas humanas, los vecinos de aquel barrio viven debajo y, como quien dice, a dos dedos de los muertos. Y es de advertirse que si las medioevales esculturas están de tan mal ver, no se debe ello a la acción destructora de los siglos, sino a la más eficaz de los muchachos del pueblo, quienes, según cuenta la historia contemporánea, solían emprenderla a cantazo limpio con ambos cónyuges, jurando y perjurando que aquellos eran *los moros*.

Los vivos ocupando sistemáticamente, como si dijéramos, el piso bajo, y los muertos pudriéndose, también sistemáticamente, en el entresuelo, no es cosa que se ve todos los días.... Y no se hable a aquellos apreciables sujetos de filtraciones malsanas ni de pesadillas nocturnas, pues por mi santiguada que así se curarán de las unas como de las otras.

Cuanto al guerrero, que pudo llamarse, por ejemplo, D. Alonso, imaginando estoy lo que se le ocurriría al ver desde el otro mundo cómo trataban a su *vera efigie* algunos de sus paisanos. Nazca usted cristiano viejo—diría el buen D. Alonso para su sayo;—tome la cruz; pelee contra los moros en la Higuera o en la Zubia; ejerza la caridad en su pueblo; mándese enterrar en él; para mayor precaución, hágase retratar en estatua con todos los arreos, emblemas y requilorios que el argumento requiere, sin olvidar la inscripción; y después de todo esto, en su mismo pueblo le apedrearán a usted *¡por moro!*

Después de mi visita a aquel lugarejo, he vuelto a pensar algunas veces en sus

macabros *trogloditas* y en sus inconscientes *iconoclastas*. Pero también he pensado en otras cosas. He pensado que sobre la cabeza de todo humano penden, no difuntos y ataúdes, sino, lo que es aún más serio, una sentencia de muerte y un anuncio de juicio de que, por lo común, para el ajuste de la vida, se hace tanto caso como de las nubes de antaño o de las coplas de Calafinos. He pensado que también en nuestros flamantes centros de cultura padecemos apedreadores, aunque no tan inconscientes, pero mucho más calamitosos que los otros; apedreadores espirituales, que a discurso limpio o a libraco sucio, ponen como no digan dueñas a nuestras glorias más legítimas, a nuestros grandes hombres de otros tiempos, a nuestras venerandas instituciones nacionales, a los períodos históricos de nuestra pujanza.... dejando a uros y a otros y a todos tan desfigurados que no los conocerían ni las madres que los parieron. Y después de pensar yo en estas cosas, lector pío, comprenderás que me vayan pareciendo menos raras esotras de aquel lugar de la provincia de Toledo de cuyo nombre muy bien me acuerdo, aunque lo calle por no hacer al caso.

El Conde de Cedillo.

TOLEDO, PUERTO

Cuantos conozcan la situación geográfica de la antigua capital de la Carpetania, al leer el epígrafe de este artículo, acaso dejen escapar sarcástica sonrisa de sus labios, siquiera sea por breves instantes; pero entrando luego en cuentas consigo mismos, no verán fuera de razón la importancia que aquél encierra, disponiendo, como dispone la ciudad, de una vía